



CRECED

www.creced.ch

septiembre/octubre 2020

Índice n° 5/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
7	Oír y hacer	<i>A. Remmers</i>
9	Pruebas	<i>P. Fuzier</i>
15	Aprovechar la ocasión de proclamar el Evangelio	<i>A. Blok</i>
16	¿Soy verdaderamente un cristiano?	
18	La gracia es mayor	

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Principios esenciales de la vida cristiana

(Viene de la página 9 del n° 4.2020)

6. El Fruto del Espíritu

En Juan 15, el Señor habló a sus discípulos acerca de llevar fruto para la gloria de Dios. Les dijo que él era la vid, que su padre era el labrador y que ellos eran los pámpanos. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto... En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (v. 5, 8). Luego les dijo: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (v. 16).

De las palabras de nuestro Señor, aprendemos que el propósito de nuestro llamamiento y salvación es que llevemos fruto para la gloria del Padre. Para este fin hemos sido elegidos y establecidos. Nuestro Padre busca fruto para su deleite y satisfacción en sus hijos y “todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (v. 2). Por lo tanto, podemos estar seguros de que llevar fruto para Dios es un elemento esencial en la vida cristiana. El Señor nos ha salvado para este propósito

y cada cristiano debe ser ejercitado sobre este importante y práctico tema de llevar fruto.

¿Qué es llevar fruto?

Llevar fruto es una manifestación y un rasgo distintivo de aquella vida. Se planta una semilla que contiene vida y características específicas. La semilla produce una planta que lleva frutos con el mismo carácter y naturaleza de la vida contenida en la semilla que fue plantada. Hay una reproducción de la vida y la naturaleza manifestada en el fruto. La semilla de un naranjo, si se planta, producirá otro naranjo con su fruto característico. La semilla de un árbol de limón que es plantada, producirá otro árbol de limón que lleva limones como fruto.

Entonces, en la vida cristiana, llevar fruto implica una reproducción de la vida y de las características de Cristo en el creyente. Llevar fruto consiste más en manifestar **lo que uno es**, que lo que uno hace; es **ser** alguien **para Dios** en lugar de hacer algo para Él. Llevar fruto para Dios tiene que ver mucho más con el carácter y la semejanza de Cristo, que con el servicio.

Cristo, la vid verdadera en la que el creyente debe permanecer, se reproducirá en aquellos que permanecen en comunión con él. El Padre, el labrador divino, busca que la vida de Cristo y sus características sean

reproducidas y manifestadas en sus hijos. Este es el fruto que está buscando para su satisfacción y deleite. Él los ha predestinado “para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Romanos 8:29) y desea que “Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19). Así, el apóstol Pablo comprendió que el propósito de Dios, en todos los problemas de la vida que él y nosotros atravesamos, es “que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (2 Corintios 4:10). Cuando Cristo se ve en nuestras vidas, eso es llevar fruto para su gloria y del Padre.

En Gálatas 5:22-23 se nos dice que “el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”. Todas estas virtudes se manifestaron perfectamente en la vida de Cristo como fruto para la gloria y la complacencia del Padre. El Espíritu de Dios que mora en nuestro interior también producirá este hermoso racimo de nueve frutos en la vida de cada creyente que permanece en Cristo, la vida verdadera. Estas virtudes que se manifestaron en Cristo no se expresan como «frutos», sino como “fruto del Espíritu”. Son, por así decirlo, todas unidas en un racimo como sucede con las uvas: una fruta de nueve sabores diferentes. Es un desarrollo completo y armonioso del carácter cristiano a través del Espíritu Santo, en el cual cada

parte está en evidente relación con el resto. El amor es mencionado primero y brilla en todas estas virtudes, uniéndolas, por así decirlo.

Los primeros tres aspectos del fruto del Espíritu (amor, gozo, paz) son hacia Dios y para su mirada. Se les puede llamar el fruto interior. Los siguientes tres (paciencia, benignidad, bondad) son el resultado de los primeros tres cuando llenan el corazón. Se manifestarán hacia los hermanos, el mundo perdido e incluso los enemigos. Todos alrededor del creyente pueden verlos y apreciarlos. Los tres últimos (fe, mansedumbre, templanza o autocontrol) son personales y necesarios para el sustento del alma al atravesar el mundo con sus desafíos y diversas pruebas.

Requisitos para llevar fruto

En Juan 15, donde se habla especialmente de llevar fruto, el Señor da las condiciones necesarias. En los versículos 4 y 5 leemos: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”.

Aquí aprendemos que permanecer en Cristo y él en nosotros, es la

principal condición para llevar fruto. Todo verdadero creyente está unido a Cristo como un pámpano en una vid. La vida que fluye a través de la vid, Cristo, fluye también a través del pámpano el cual es el creyente. Por lo tanto, el poder de llevar fruto para Dios está primeramente en Cristo, la vid verdadera, así como en nosotros los pámpanos unidos a Él. Pero somos responsables de permanecer en Cristo de manera práctica, y esto es lo que se destaca en Juan 15 como indispensable para llevar fruto.

No podemos llevar fruto para Dios por nosotros mismos; no es por nuestros esfuerzos, es simplemente permaneciendo en Cristo, en comunión práctica y viva con él, la vid vivificante, que el fruto para su gloria es producido en el cristiano. Si un alma mora en Cristo, Cristo mora en esa alma y lo que hay en Él se comunica a ésta, tal como la savia fluye de la vid a los pámpanos. Al permanecer en Cristo, sacamos fuerzas continuamente de él y el resultado es el fruto producido.

En el mundo natural no hay actividad involucrada en llevar fruto, sino el descanso apacible, beber de la lluvia y la luz del sol, y participar de la savia de la vid que produce vida. De la misma manera, en el ámbito espiritual, el fruto para Dios es producido por la comunión tranquila y el descanso en la persona de Cristo, al mantener un contacto práctico y constante

con él, sintiendo nuestra necesidad e incapacidad de hacer nada separados de Él. Es al estar ocupados de Cristo que el fruto es llevado para él, y no por los esfuerzos personales.

Un espíritu en completa dependencia de Cristo es necesario para permanecer en él y llevar fruto. “Separados de mí nada podéis hacer” (v. 5), nos recuerda el Señor. Solo cuando reconocemos nuestra inutilidad y hacemos de Cristo nuestro único recurso y confianza, en una dependencia constante, permanecemos en él y llevaremos fruto.

Otro aspecto se menciona en el versículo 7. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. Es necesario que las palabras de Cristo permanezcan en nosotros y controlen nuestros pensamientos y deseos, para así tener la confianza de pedir lo que estimamos necesario y recibir poder para llevar fruto. Cuando verdaderamente permanecemos en Él y sus palabras permanecen en nosotros, nuestra mente, voluntad y pensamientos están formados por la mente de Cristo, recibimos la guía necesaria para nuestro corazón y tenemos confianza para dirigirnos al Padre en oración y pedir. De esta forma obtenemos el poder de permanecer en Él y llevar fruto por su Palabra, la cual permanece en nosotros.

En el versículo 3, el Señor dijo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. La Palabra de Dios tiene un poder purificador y de limpieza sobre nuestras almas, y el cristiano debe recurrir a ella diariamente si quiere permanecer en Cristo y llevar fruto. Para permanecer en comunión con el Señor debe haber una acción de limpieza constante de la Palabra de Dios en nuestros corazones, los cuales se contaminan tan fácilmente por la actividad de la naturaleza caída que está en nosotros y por el mal que nos rodea. No podemos permanecer en Cristo si el pecado tiene cabida en nuestros corazones, por lo tanto, siempre necesitamos el poder de santificación y limpieza de la Palabra de Dios sobre nuestras almas para evitar que pequemos y nos contaminemos. “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11).

En el versículo 10 de Juan 15, otro punto sigue: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor”. Aquí se nos presenta la obediencia a los mandamientos del Señor como condición indispensable para permanecer en su amor. No solo debe su Palabra permanecer en nosotros, sino que necesitamos caminar en obediencia a ella de la misma forma que Cristo obedeció los mandamientos de su

Padre y disfrutó del fruto que resulta de permanecer en su amor. Por la misma razón, un espíritu de sencilla obediencia a la voluntad de Dios tal como se revela en su Palabra, es necesario para permanecer en Cristo y llevar fruto.

A continuación encontramos el resultado bendito de tener el gozo de Cristo permaneciendo o morando en nosotros, y nuestro gozo cumplido como lo indica el versículo 11. El Señor tuvo su gozo perfecto en Dios el Padre. Su deleite era llevar fruto para la gloria del Padre, y desde arriba nos sigue mostrando cómo podemos tener gozo y bendición en nuestra vida aquí abajo al llevar fruto.

En resumen, aprendemos que los requisitos divinos para llevar fruto son permanecer en Cristo en comunión viva, un espíritu en completa dependencia de Él, su Palabra permaneciendo en nosotros como un poder de formación y de limpieza que generan confianza para pedir con libertad en oración y para nuestro caminar en obediencia a sus mandamientos, lo que resulta, en la práctica, en permanecer en su amor y tener su gozo cumplido en nosotros.

El cuidado del Labrador

Otro elemento importante en el tema de llevar fruto tiene que ver con los cuidados del divino Labrador por los pámpanos y su trabajo de limpiarlos con el propósito de

que cada vez más fruto pueda ser producido para su gloria. El Señor dijo: “Mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (v. 1-2).

El Padre es el labrador y, como tal, cuida los pámpanos con tierno amor y atento cuidado. Combina la sabiduría y el amor perfectos en el tratamiento de los pámpanos y sabe cómo hacer para que lleven fruto y más fruto. El profesante infructuoso es quitado, pero el fructífero es limpiado para que lleve más fruto. Él corta de nuestras vidas todo lo que impide que seamos como Cristo y llevemos fruto para su deleite. Puede emplear la tijera de podar para cortar aquellas cosas superfluas en nuestras vidas, con miras a que más y mejores frutos sean producidos en nosotros. Él nos castiga y puede hacernos pasar por el fuego de la aflicción para que las escorias sean quitadas de nosotros “para que participemos de su santidad”. Este proceso puede ser doloroso y penoso, “pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Hebreos 12:10-11).

Entonces, cuando lleguen las pruebas, tal vez por enfermedad y dolencias, o por la tensión de las circunstancias, o quizás el duelo, podemos estar seguros de que se trata del cuidado amoroso del Padre por nosotros a fin de formarnos

en pámpanos fructíferos, y que este proceso de limpieza procura hacernos más productivos para Él mismo. En ocasiones tiene que decir, como en el Cantar de los Cantares 4:16: “Levántate, Aquilón, y ven, Austro; soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas”. Los vientos fríos de la adversidad que vienen del norte y los vientos del sur de la gracia y del amor, se combinan para soplar en la viña del Padre para que la fragancia del fruto dulce para él pueda fluir. Luego siguen las palabras agradables: “Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta” (v. 16), y “a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado” (7:13).

Que seamos pues formados por su gracia para poder expresar estas benditas palabras a nuestro amado Salvador y amante Padre, quienes buscan fruto, abundante fruto en nuestras vidas. Que tengamos la disposición para meditar más sobre este aspecto esencial en la vida cristiana: La única forma en la que se puede llevar fruto en nuestras vidas para la gloria del Padre es permanecer en Cristo.

(Continuará)

Oír y hacer

Mateo 7:24-27

En el Sermón del monte, el Señor concluye sus enseñanzas con la bien conocida figura de la casa edificada sobre la roca o sobre la arena (véase el pasaje paralelo en Lucas 6:47-49). En ella pone en contraste a un hombre insensato con uno prudente. Más tarde, en la parábola de las diez vírgenes volvemos a encontrar ese mismo contraste: cinco prudentes y cinco insensatas (Mateo 25:1-13). Pablo exhorta a los Efesios: “Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (5:17). El que conoce y hace la voluntad del Señor es prudente; por el contrario, quien oye las palabras del Señor y no las hace es un insensato.

La casa edificada sobre la roca

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24).

El párrafo precedente nos muestra que no es suficiente confesar al Señor de labios para ser aceptado por él. Aquí, el Señor indica cuál es el punto verdaderamente importante para el discípulo: no solamente oír sus palabras, sino hacerlas. Santiago, cuyas

enseñanzas a menudo nos recuerdan las del Señor, escribe: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos...” (Santiago 1:22-27).

El Señor Jesús utiliza aquí una casa como imagen de la vida humana. Así como la casa debe tener un fundamento sólido para mantenerse en pie, el hombre también necesita de un fundamento seguro para su vida. El terreno ideal para edificar una casa es la roca.

El terreno adecuado sobre el que el hombre prudente edifica la casa de su vida, es Cristo. Él es la “roca” que acompañó al pueblo de Israel durante su viaje a través del desierto (1 Corintios 10:4); él es igualmente la “roca” sobre la cual está edificada su Iglesia (Mateo 16:18), y la “piedra viva” para todo aquel que en él cree (1 Pedro 2:4). Aquí, al final del Sermón del monte, y donde empieza la vida práctica, el Señor se presenta también como el firme fundamento de la vida de fe. El hombre prudente edifica la casa de su vida sobre Jesucristo: la roca que le da una estabilidad eterna. Él acude al Señor y a su palabra en todas las dudas y problemas de su vida. Por otra parte, es la única manera en que podemos mostrar nuestro amor por él: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:21, 23).

“Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca” (Mateo 7:25).

Una casa puede dar la impresión de haber sido edificada de forma sólida y segura, pero solo las pruebas podrán mostrar si ha sido verdaderamente edificada sobre terreno firme y resistente.

En ciertos países del sur, especialmente en Israel, no es raro encontrarse con que violentos chaparrones de agua cambien ríos secos en torrentes impetuosos. Cuando las lluvias caen, y las crecidas bañan por todas partes la casa (hasta los cimientos) y la tempestad arrecia contra ella; entonces, ¿hay algo que sea más esencial que los fundamentos? Si la casa ha sido fundada sobre la roca, la tormenta podrá causarle ciertos daños, pero no destruirla.

“Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse” (Proverbios 24:16). Un discípulo que desea ser fiel al Señor y obedecer su Palabra, igualmente puede fallar. No está excluido de las pruebas. Hay pruebas y circunstancias que pueden sacudir a fondo la vida del creyente más vigoroso. Pero, por encima de todo, él tiene la seguridad de que su casa está edificada sobre fundamentos sólidos. Nunca se desplomará. Y con la mirada puesta en la eternidad, tiene la inquebrantable y plena certeza de su salvación.

La casa sobre la arena

“Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con impetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina” (v. 26-27).

El hombre insensato no piensa mucho, construye su casa como quiere, sin tener en cuenta el estado del subsuelo. ¡Ay! cuando uno edifica su vida, la tentación de dar importancia a lo exterior es grande, y fácilmente se descuida el fundamento que es indispensable en una vida para Dios. Esto es lo que hace quien, aún conociendo los mandamientos del Señor, no los obedece.

La lluvia cae fuertemente sobre el techo, los torrentes crecidos destruyen las bases y los vientos soplan contra los muros de la casa, que, no pudiendo soportar más, se desploma: “...y fue grande su ruina”.

Aquí podemos ver con toda claridad, que no se trata de simples defectos en la vida cotidiana, sino de cosas sumamente esenciales. La roca sobre la cual el hombre prudente edificó su casa, no es cualquier cosa temporal, sino el Hijo eterno de Dios y sus palabras eternas. Por esta razón la casa puede soportar los azotes de la intemperie y permanecer de pie. Pero la del insensato, se derrumbará por completo, y su ruina será

grande. Los dos oyeron las palabras del Señor, pero sólo uno obedeció.

Esta parábola no nos enseña que el hombre puede salvarse por sus propias obras. Uno no puede permanecer ante Dios en virtud de sus propias obras, sino únicamente por una fe viva, que después produce las obras de la fe. Esta es una de las enseñanzas del Sermón del monte. Una confesión sin fe no tiene valor, como tampoco hay verdadera fe sin obras.

El hecho de que el Señor Jesús termine este largo discurso, indicando la triste suerte del hombre insensato, hace resaltar el peso eterno de sus palabras. La responsabilidad que antes fue puesta con tanta insistencia y seriedad en el corazón del auditorio es puesta de la misma manera en los corazones de los lectores hoy en día.

A. Remmers

Pruebas

La epístola de Santiago habla de dos “tentaciones” diferentes. Al leer: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie”, es cuestión de la **tentación interior**: “sino que

cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (1:13-15).

Por el contrario, en el versículo 2 como en el 12 de este mismo capítulo, se trata de la **tentación** que viene **de fuera**, que el apóstol llama: “la **prueba de vuestra fe**”; conviene tener “por sumo gozo” el hecho de hallarse en una prueba y es bienaventurado aquel que, sopor-tando con paciencia, resiste la tentación.

Estas dos tentaciones pueden conducir a la muerte, pero para la primera es la muerte como paga del pecado, mientras que para la segunda se trata de la muerte del cuerpo como término de un camino de fidelidad en la prueba que puede llegar hasta ahí (véase Santiago 1:12; Apocalipsis 2:10).

La **prueba de la fe** “produce paciencia” (Santiago 1:3); es la “tribulación” de Romanos 5:3, tribulación que quiebra la propia voluntad —voluntad de nuestro corazón natural que no ama sufrir— y lo que nos hace impacientes. Cuando nuestra voluntad es sumisa a la voluntad de Dios, dejamos de ser impacientes y esperamos, pacientemente, que Dios obre. La paciencia debe tener “su obra completa”; cuando este resultado está alcanzado, somos “perfectos y cabales”, es

decir que no tenemos otra voluntad que la de Dios (Santiago 1:4).

Cristo, hombre en la tierra, es nuestro Modelo; en Él, la paciencia siempre ha tenido “su obra completa”. Por eso pudo decir: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26). Teniendo tal modelo, el apóstol Santiago también nos exhorta a tomar “como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor”. A lo que añade: “He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (5:10-11).

El creyente ha sido renacido “para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos”, y así mismo, caminando en este mundo, es guardado “por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postero”; puede pues alegrarse, “aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tenga que ser afligido en diversas pruebas”. Gozo a través de las aflicciones, tal es la parte del rescato aquí abajo; pero eso con vista a un resultado glorioso: “para que sometida a prueba vuestra fe... sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”

(1 Pedro 1:3-8). Habiendo sido probada la fe, se producen frutos; algunos ahora (Romanos 5:3-5; Santiago 1:2-4), mientras que otros serán vistos más tarde, en gloria: para aquel que “haya resistido la prueba” (Santiago 1:12), y para Jesucristo (1 Pedro 1:7). ¡Qué ánimo! Vale la pena atravesar la prueba de la fe, cualesquiera que sean los sufrimientos que implica, porque sus resultados añadirán algo a la gloria de Cristo. ¡Qué gloria para Él, cuando sea manifestado el fruto de su trabajo en los suyos, “cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron”! (2 Tesalonicenses 1:10).

A menudo es difícil desenredar, en los dolorosos ejercicios que tenemos que conocer, aquello que es **prueba de la fe, disciplina** enviada por Dios **para nuestra formación** y **castigo** merecido **por nuestra infidelidad**; en muchos casos, hay sin duda una parte, más o menos grande, de cada una de estas tres formas de prueba. Una disciplina puede muy bien no implicar ningún castigo, mientras que en todo castigo hay una disciplina; y puede suceder que el castigo siendo recibido de la mano de Dios, con el espíritu que conviene, y la disciplina produciendo frutos, nos lleve a meditar en que lo que Dios había dispensado como un castigo se convierte en la prueba de la fe. De esto, los capítulos 19 y 20 del segundo libro de Crónicas

nos dan una notable ilustración, la cual consideraremos más adelante.

En 1 Pedro 1:3-8, se trata de la prueba de la fe; no es cuestión ni de disciplina ni de castigo. Dios ha discernido, en un corazón, un poco de esta fe que lo honra en el camino de la obediencia en el cual el creyente es guardado para Su propia gloria, y Él quiere ponerla en evidencia. Con ese propósito Dios permite, o envía las “diversas pruebas” que afligen al rescatado pero que producen frutos benditos ahora, ¡esperando que los plenos resultados sean vistos en gloria!

Hablando de Cristo, en 1 Pedro 1:7, el apóstol añade inmediatamente: “a quien amáis sin haberle visto”. Este pasaje nos presenta la esfera de la fe. No hemos visto el Objeto de nuestros corazones, si no es por la fe; no obstante, “nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19), “en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1:8). “En quien creyendo”: es Cristo, Objeto de nuestra fe, Aquel en quien hemos creído para salvación de nuestra alma, que hemos aprendido a conocer a lo largo del camino y en quien podemos descansar apaciblemente para lo que está ante nosotros. Experiencia que había hecho el apóstol, en tan rica medida, durante todo su ministerio y que le permitía decir, cuando llegó el momento de su partida: “Yo sé a quién he creído”.

Sabía que Aquel a quien había creído, después de haberlo guardado, tenía poder para guardar el depósito “para aquel día” (véase 1 Pedro 1:5; 2 Timoteo 1:12). El apóstol habla de la fe en 1 Pedro 1:5, de la prueba de la fe en el versículo 7; de alegrarse en el 6 y de un gozo inefable y glorioso en el 8. La fe siempre puede gozarse, pero cuando se encuentra en la prueba, Cristo es verdaderamente conocido y el creyente puede entonces gozarse de un “gozo inefable y glorioso”. Gozo inefable, que es difícil expresar, y que las palabras no pueden traducir, pero que llena el corazón de aquel que ha sido probado. Gozo glorioso, porque Cristo, un Cristo glorioso, es su tema e inunda el corazón del rescatado quien, por fe, goza del cielo y de la gloria, aunque se encuentre todavía en un mundo en el que es probado “por un poco de tiempo”. Si vale la pena conocer la prueba de la fe pensando en la gloria de Cristo en su día, ¿no vale también la pena atravesarla para gozarse de “un gozo inefable y glorioso”?

Cuando hablamos de pruebas, pensamos generalmente en circunstancias dolorosas, limitando así el sentido de la palabra porque algunas pruebas no son circunstancias dolorosas. Una prueba, es lo que Dios dispensa al creyente para manifestar el estado de su corazón (véase Deuteronomio 8:2; 2 Crónicas 32:31).

La prueba puede ser un castigo que hemos merecido. ¿La aceptaremos sin irritación ni rebeldía, juzgándonos profundamente ante Dios? Imitemos el ejemplo del rey **Josafat** que escuchó el mensaje de Jehú (2 Crónicas 19:2) y supo sacar todo el provecho de este mensaje mandado por Dios! De tal manera que, cuando el castigo llegó, lo vemos, con temor, volver su rostro para buscar a Dios, y proclamar un ayuno por todo Judá. Así pues, ¡la prueba que se cernía sobre él como un castigo fue cambiada en prueba de su fe! El enemigo despliega su poder, los hijos de Moab y los hijos de Amón están ahí, “una gran multitud”... ¡Qué importa! Josafat mira hacia arriba, ora con fe, puede decir con confianza: “No sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos”. Su fe, probada, es puesta en evidencia de tal forma que puede llamar a la fe a todo el pueblo: “Oídme, Judá y moradores de Jerusalén. **Creed** en Jehová vuestro Dios, y estaréis seguros; **creed** a sus profetas, y seréis prosperados”. Lo propio de la fe es que puede gozarse incluso antes de que la liberación haya tenido lugar: Josafat “puso a algunos que cantasen y alabasen a Jehová”, “y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza” ¡Jehová intervino para liberarlos maravillosamente! “Y todo Judá y los de Jerusalén, y Josafat a la cabeza de ellos, volvieron a Jerusalén gozosos, porque Jehová les

había dado gozo librándolos de sus enemigos. Y vinieron a Jerusalén con salterios, arpas y trompetas, a la casa de Jehová” ¡Qué gozo para todos! ¡Qué gloria para Dios! Estos son los resultados de la prueba de la fe, como nos lo ha mostrado 1 Pedro 1:3-8 (véase 2 Crónicas 19-20).

La prueba también puede ser una forma de disciplina necesaria para nuestra educación; forma parte de “todas las cosas” que ayudan a bien a los que aman a Dios (Romanos 8:28). ¿La recibimos con sumisión, sin desánimo sino ejercitados por ella, comprendiendo que nos es dispensada por un Padre que nos ama, que quiere instruirnos y formarnos, que desea que “participemos de su santidad” y que obra de tal manera “para a la postre hacerte bien”? (véase Hebreos 12:4-11; Deuteronomio 8:16).

También puede ser la prueba de la fe, de la que ya hemos hablado. Si un hijo de Dios es probado por Aquel que en otro tiempo probó la fe de Abraham (Génesis 22), ¡Ojalá pueda éste manifestar los caracteres que se vieron en el patriarca!

¡Pero Dios nos prueba igualmente con la **prosperidad**! Aunque seamos, también nosotros, “hombres de poca fe”, en la angustia volvámonos hacia Aquel que solo nos puede socorrer; el sentimiento de nuestra miseria nos lleva a mirar hacia Él y, cual sea nuestra condición, hace que vivamos preciosas

experiencias. Mientras que en los días en que todo va bien, no tenemos suficiente consciencia de nuestras verdaderas necesidades, somos llevados a alejarnos de Dios y a volvernos hacia el mundo, a vivir como egoístas, a gloriarnos de lo que poseemos, material o espiritualmente, olvidando que lo hemos recibido de Dios. ¡Cuántas vidas cristianas han sido arruinadas por la prosperidad, sobretodo la prosperidad material! ¡Cuántas, por el contrario, han sido enriquecidas durante pruebas dolorosas! ¿No podemos decir que la prosperidad es sin duda la prueba más difícil de atravesar victoriosamente?

Consideremos en las Escrituras algunos ejemplos de pruebas por la prosperidad.

¿Qué fue de **David**, el rey “según el corazón de Dios”? “En mi prosperidad dije yo: no seré jamás conmovido, porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como monte fuerte”. ¡Aunque haya en él el sentimiento del favor de Dios que le ha dado la prosperidad, sin embargo da testimonio de una confianza en sí mismo que traduce el estado de su corazón! Dios cambia las circunstancias, David exclama inmediatamente: “Escondiste tu rostro, fui turbado” (Salmo 30:6-7).

El comienzo del reinado de **Uzías** fue caracterizado por una gran prosperidad, porque ese rey de Judá había buscado a Dios: “En

estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó”, y “fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso”. Los quince primeros versículos del capítulo 26 del segundo libro de Crónicas nos describen el comienzo de este reinado, hasta ahí notable bajo todos los aspectos. ¡Uzías fue puesto a prueba y la prosperidad manifestó el estado de su corazón! “Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecíó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová su Dios”. Hubiera tenido que quedarse tanto más cerca de Dios viendo Su mano extendida en bendición sobre él, pero no, ¡se enorgulleció y pecó contra Dios!

Otro ejemplo más, el del rey **Ezequías**. Sabemos que ese rey tuvo que atravesar tres pruebas particulares. La primera, la prueba de su fidelidad y de la fe: el asalto del rey de Asiria para apoderarse de Jerusalén; salió vencedor. La segunda, la de su enfermedad: después de haber estado sin recursos ante Senaquerib y sus ejércitos, ahora es impotente ante la presencia de la muerte; pero, aquí también, se vuelve hacia Dios, de tal manera que esta disciplina le lleva a recoger la bendición que Él quería concederle. La tercera, aquella de la prosperidad: habiéndole dado “riquezas y gloria, muchas en gran manera”, Dios “lo dejó, para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón” (2 Crónicas 32:27-31). Dios hubiera podido

guardarlo cuando los mensajeros del rey de Babilonia vinieron a verlo, como lo había hecho en sus dos primeras pruebas, pero quería revelarle el estado de su corazón y por eso “lo dejó”. El piadoso rey Ezequías había descendido al nivel de los que solo viven por las cosas terrenales y ¡no se había dado cuenta! Era necesario que Dios le enviara esta prueba para abrirle los ojos. ¿No hubiera tenido Ezequías que hablar a los enviados de Merodac-Baladán de lo que Dios había hecho por él en las dos circunstancias que acabamos de recordar, dando así un fiel testimonio de su Dios? En lugar de eso, ¡solo piensa en alardear de sus riquezas! El rey de Babilonia le envía una carta y un presente, y Ezequías se pone sobre el mismo terreno que este, abandonando la dependencia de Dios que hasta entonces lo había caracterizado. En realidad, no es en ese momento que Ezequías tropezó; pero el estado de su corazón fue manifestado y la insuficiencia que ya se había producido fue revelada.

Sin duda que una prueba, cual sea, es un medio que Dios emplea para manifestar el estado del corazón; pero, en muchos casos, ¿hay una prueba mejor que la prosperidad para esta manifestación? Las bendiciones materiales o espirituales que nos son dadas pueden hacernos olvidar al Donador, conducirnos al egoísmo y al desconocimiento de las realidades eternas.

Es una de las enseñanzas presentadas por el Señor en la parábola de Lucas 12 (v. 16-21). Es también el peligro contra el cual el pueblo de Israel estaba advertido cuando, al terminar su viaje en el desierto, iba a entrar en el país de la promesa. Durante esos cuarenta años, Dios lo había probado de muchas maneras para saber lo que había en su corazón. (Deuteronomio 8:2); ahora que la “buena tierra” se abría ante él, Dios le declara mediante la boca de Moisés: “Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios... no suceda que comas y te sacies... y todo lo que tuvieres se aumente... se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios... y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza” (Deuteronomio 8:11-20).

Cuatro cosas se le pedía a Israel, como también se nos pide a nosotros hoy: temer a Dios, andar en sus caminos, amarlo y servirlo (Deuteronomio 10:12). Para cumplirlas, hace falta un buen estado de corazón; por eso está añadido: “Circuncidad pues vuestros corazones” (v. 16, V.M.). La circuncisión “hecha con mano en la carne” (Efesios 2:11) no era más que una señal, aquella de la separación exterior; la circuncisión del corazón es una verdadera separación interior para Dios ¡y es esta la que importa! No nos gloriemos de una cierta separación exterior, aunque sea necesaria,

si no hemos “circuncidado nuestros corazones” en primer lugar.

“Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe, y os apartéis...” (Deuteronomio 10:16). Ve-
lemos, por encima de todo y ante
todo, sobre el estado de nuestro co-
razón, sin olvidar la exhortación de
Proverbios 4:23: “Sobre toda cosa
guardada, guarda tu corazón; por-
que de él mana la vida”. Si se nos
dispensan pruebas, pruebas doloro-
sas o pruebas de prosperidad, que
siempre puedan llegar a ser pruebas
de la fe y manifestar, para gloria de
Dios, ¡el estado de un corazón en el
cual todo está en orden con Él! Para
eso, hagamos nuestra, cada día, la
oración de David: “Examíname, oh
Dios, y conoce mi corazón; pruéba-
me y conoce mis pensamientos; y ve
si hay en mí camino de perversidad,
y guíame en el camino eterno” (Sal-
mo 139:23-24).

P. Fuzier

Aprovechar la ocasión de proclamar el Evangelio

“No me avergüenzo del evan-
gelio, porque es poder de Dios para

salvación a todo aquel que cree”
(Romanos 1:16).

Había entrado en la oficina de
una tienda para preguntar sobre un
material de construcción. Durante la
conversación, el empleado me pre-
guntó por qué estaba en este país.
Cuando le expliqué que quería pro-
clamar el Evangelio, su cara se ilu-
minó y me dijo que él también era
cristiano. Poco después, Simón, uno
de sus colegas, participó en la con-
versación. Al señalar al empleado
cristiano, me dijo: «Este compañero
nunca me habla sobre el Evangelio».
Nos quedamos en silencio por unos
segundos, luego aproveché la opor-
tunidad para anunciar el Evangelio
a Simón. Escuchaba atentamente y
parecía entender muchas cosas. Al
final de nuestra conversación, le di
algunos folletos y le ofrecí volver a
visitarlo.

Una semana después, volvien-
do a la misma oficina, volví a ver a
Simón. Había leído y entendido el
mensaje del Evangelio presentado
en los folletos que le había dejado, y
fuimos más allá en el tema.

Me impactó el deseo de Simón
de escuchar el Evangelio y saber
más sobre él, pero también las opor-
tunidades perdidas de anunciárselo.
Su colega habría podido compartir
con él estas grandes y Buenas Nue-
vas de salvación.

Pensando en estos dos hom-
bres durante mi regreso en coche
pude aplicar eso para mí mismo.

¿Cuántas personas conozco con quienes nunca aproveché la oportunidad de hablar del Evangelio? ¿No nos olvidamos a menudo de aprovechar las oportunidades que nos brinda el Señor? Por supuesto algunos pueden ser tímidos; para otros puede ser difícil acercarse a un extraño para hablarle del Señor o para darle un tratado. Quizás sea aún más difícil dar un tratado a aquellos que conocemos y vemos regularmente. Necesitamos sondear nuestros corazones. ¿Nos avergonzaría hacerlo?

Sabemos que el Evangelio es el mensaje más importante para el hombre hoy en día. Entonces, ¿por qué esta falta de celo para entregar este mensaje?

A. Blok

¿Soy verdaderamente un cristiano?

Numerosos recién convertidos están turbados y lo expresan así: «Primero yo creía ser salvo, pero ahora comienzo a temer que, después de todo, no ha sido sino una ilusión, porque en vez de sentirme mejor, me siento peor que antes

de mi conversión». Estas personas están profundamente desanimadas descubriendo su mala naturaleza que no se mejora, aunque hacen grandes esfuerzos. Un tal estado de alma ofrece a Satanás una ocasión para lanzarnos sus temidos ataques. Nos sugiere, por ejemplo, que somos unos miserables hipócritas pretendiendo ser lo que no somos, y que sería mejor abandonar tal pretensión y mostrarnos tal como somos y confesar que no tenemos la verdadera fe, que no sabemos lo que es creer.

¿Qué es **creer** entonces? No es el esfuerzo que consistiría en sentir que tenemos la vida eterna, habiéndola ganado por una fe suficientemente grande. Creer es simplemente aceptar como verdadero lo que Dios dice en su Palabra. ¿Y qué nos dice? “Todos pecaron” y “la paga del pecado es muerte” (Romanos 3:23; 6:23); entonces todos mueren. Pero Dios no puede satisfacerse viendo al hombre morir. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

¿Está usted de acuerdo con Dios referente a estos puntos, o piensa que tiene en usted mismo buenas cosas para presentarle y adquirir a cambio su salvación?

“El que recibe su testimonio (de Jesús), éste atestigua que Dios es

veraz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla... El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:33-36).

Después de leer esto, no puede dudar todavía de que, si cree, tiene la vida eterna. Pero al comparar su experiencia diaria con otras verdades muy claras de la Palabra de Dios, usted está turbado. Por ejemplo, está escrito que “aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado... y no puede pecar” (1 Juan 3:9); “vence al mundo” (5:4); “el maligno (Satanás) no le toca” (5:18). Ahora bien, estamos obligados a reconocer que después de nuestra conversión podemos pecar todavía, que el mundo no cesa de tener victorias sobre nosotros, que el diablo nos ataca sin cesar, y nos toca.

Por otra parte leemos: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8). “La carne” en este versículo designa nuestra vieja naturaleza, fuente de todos los malos pensamientos y de todas las malas acciones; ella no puede agradar a Dios.

El creyente es un ser complejo que posee a la vez dos naturalezas: una mala, propensa a pecar; la otra, recibida en la conversión, divina,

pura, santa, llena de amor, animada por el Espíritu Santo. Si la nueva naturaleza del creyente se manifiesta, su vida será toda para la honra de Dios. Si es su vieja naturaleza, él deshonrará a Dios. Como no puede desligarse de esta última, ya que está ligada a él en tanto que viva sobre la tierra, ¿cómo podrá impedir que se manifieste?

“Así que, yo mismo con la mente (es decir el espíritu renovado) sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7:25).

Así, la vieja naturaleza es origen de todas esas dificultades. Ya que no podemos separarnos de ella, ¿debemos tratar de mejorarla? Después del pecado cometido por Adán, los numerosos ensayos hechos en ese sentido han fracasado. La perversidad de esta mala naturaleza fue puesta en evidencia de manera suprema por la venida de Jesús sobre la tierra; ante la gracia que él traía, el odio del hombre se manifestó hasta hacerlo morir.

Esta naturaleza, pues, no puede ser mejorada. Tampoco puede ser perdonada. Nos es necesario ser liberados de ella. Es de esta liberación que provienen nuestro gozo y nuestra paz. Por nosotros mismos no lo lograremos jamás, pero esta liberación es un hecho cumplido. En la cruz Jesucristo no solo expió todos nuestros pecados, sino que igualmente cargó nuestra naturaleza que

produce esos malos actos. “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado... condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3). De manera que, para Dios, nuestra vieja naturaleza fue crucificada con su Hijo. Por la fe, el creyente acepta esto. Pero la realidad de su vida le muestra que esta naturaleza se manifiesta todavía, ya que le hace pecar. La solución consiste en tenerla por muerta, es decir no mantener ninguna relación consciente con ella. El Espíritu Santo es el poder que lo permite, al ocuparnos de Cristo. Entonces la nueva naturaleza podrá prosperar.

“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”. “Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:16, 25).

La Bonne Semence

La gracia es mayor

“Pero él da mayor gracia”
(Santiago 4:6).

La gracia de Dios está a nuestra disposición cada día en toda su plenitud :

- **La gracia de Dios supera el pecado del hombre.** Cuando

hemos tropezado, no nos abandonamos, sino que nos vuelve a enderezar. Nos quiere restablecer en la plena comunión con Dios. Por consiguiente, esta promesa vale para nosotros: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

- **La gracia de Dios es mayor que los peligros del mundo.** Por medio de la Biblia nos pone en guardia para que no nos involucremos con el mundo y sus placeres. Nos enseña un camino seguro en el cual podemos andar, honrando a Dios en este mundo impío. Dios escucha la oración de su Hijo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal” (Juan 17:15).

- **La gracia de Dios sobrepasa todos los problemas de la vida.** Sea que estemos frente a un reto profesional, sea que luchemos con dificultades de salud, la gracia nos ayuda a atravesar estas pruebas con Dios. Mantiene viva en nosotros la conciencia de su amor inmutable y nos anima a confiar en Él en cualquier situación. El Señor siempre nos repite: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9).

Näher zu Dir

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

Juan 15:5

Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca.

Mateo 7:24

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.

Santiago 1:2-3

No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego.

Romanos 1:16

El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

Juan 3:36

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
